

Jean Allouch. *El amor Lacan.*

Presentación

por Marcelo Topuzian

Probablemente les sorprenda a ustedes, tanto como a mí, verme aquí sentado. Sentado y no recostado en el diván, porque si estoy acá, gracias a la gentil –quizás temeraria– invitación de Edgardo Russo, no es, seguro, como analista, sino más bien como analizante. A la par, habría que decirlo, como crítico literario –que es a lo que me dedico–, probablemente en ocasión del renovado interés que el pensamiento de Lacan está suscitando hoy –tras años de relativo distanciamiento más o menos suspicaz– entre los teóricos y estudiosos de la literatura, el arte y la cultura. Y por último, supongo que estoy aquí también como enamorado.

Aunque, de todos modos, no puede tratarse en este caso de sacar a relucir credenciales. ¿Quién podría hacer gala de ellas, sinceramente, tratándose del amor? ¿A qué improbable *expertise*, a qué clase de gurú habría que recurrir para saber que hemos encontrado el amor verdadero? Seguro que no a un psicoanalista, y aclaro que no lo digo porque no lo haya intentado.

Dicho esto, me dispongo ahora a hablarles de un libro sobre el amor escrito por un psicoanalista que, sin embargo, me parece definitivo. Si bien Jean Allouch, el psicoanalista en cuestión, señala consecuentemente que sus consideraciones sobre el amor Lacan “deberían ser puestas a prueba”, que ellas solo abren “una puerta” o enmiendan “un descuido”, que, en síntesis, tienen carácter provisorio y son pasibles de corrección y crítica; y si bien la materia misma de este libro se resiste a prestarse dócilmente a afirmaciones terminantes de carácter absoluto, y Allouch tiene el cuidado de evitarlas gracias a su finísima atención a los más mínimos matices de expresión, resulta difícil

imaginarse otro volumen que sea capaz de trazar, al menos con la atención y el detenimiento de éste, el recorrido que hace el amor en la enseñanza de Jacques Lacan.

Allouch recupera la sorpresa ante ese conjunto textual y esa huella de una oralidad (todavía) no definitivamente establecida que es hoy el *Seminario* de Jacques Lacan, cuyas transcripciones conviene tener a mano durante la lectura de su libro. Lo hace gracias a un cuidado interpretativo extremo, que no es simple voluntad de autorizar una palabra –la propia, o alguna otra– a través de la de Lacan. Desmarcándose de los saqueos más o menos salvajes de su pensamiento, desde los años 60 hasta el día de hoy, Allouch apuesta por la fidelidad a la palabra del propio Lacan en sus diferentes transcripciones, pero gana al no pretender contar con la versión por fin confirmada de la misma, sino precisamente al exponerla en su originalidad más candente a través de un trabajo minucioso, hasta hoy inédito, de conexión, de correlación, de confrontación de versiones y de puesta en contacto de elementos, a veces muy distantes entre sí, de la enseñanza del *Seminario*. Allouch vuelve a escandir las frases de Lacan, redistribuye el orden de su sintaxis, explora detenidamente la plurivocidad de sus expresiones y neologismos. Con esto reaviva el fuego de esa interrogación persistente de cualquier *doxa* psicoanalítica que fue el motor de la enseñanza lacaniana y con esto también, de paso, intenta devolvernos, en cierta forma, al Jacques Marie Lacan que impartió su enseñanza siempre “en persona”.

Su pregunta-guía podría ser: ¿cuál es, todavía hoy, el momento de originalidad del psicoanálisis respecto de aquello que el pensamiento occidental (encarnado por Platón, Aristóteles, Dante, Hegel, Kierkegaard) ha dicho acerca del amor? Tras su descrédito relativo en su confrontación con deseo, placer y política durante los años de la emergencia y el despliegue del lacanismo, el “retorno” crucial del amor en la constitución de las diversas ‘escuelas’ lacanianas a partir de 1980 da sin dudas pie a la pertinencia de esta interrogación renovada de los seminarios. Y refuerzo aquello que puede haber de cuestionamiento en esa interrogación, ya que hasta a propósito de un libro, hoy casi olvidado, como *El título de la letra* de Lacoue-Labarthe y Nancy, escrito según él “con las

peores intenciones”, Lacan pudo decir que nunca fue “mejor leído”, es decir, “con tanto amor”.

Tenemos, a partir de esto, dos libros en uno, perfectamente entrelazados. Primero, un estudio detallado de todo lo que Lacan dijo sobre el amor, en todas sus formas, a lo largo de los seminarios; estudio que podría funcionar muy bien, si no como introducción, sí como una entrada al pensamiento de Lacan, por la puerta que dejó entreabierta su intento de dar con la regla del juego amoroso. Segundo, un deslinde del amor Lacan, forma o figura del amor surgida específicamente como consecuencia del acontecimiento de la (re)invención del psicoanálisis por parte de Jacques Lacan. Este último propósito le da al proyecto, que de otro modo podría correr el riesgo de quedarse en lo meramente enciclopédico, el criterio central de organización del vasto material disponible.

El amor Lacan, aunque sin dudas no se queda ahí, mantiene relaciones inequívocas con la indesviable experiencia del amor dentro de la experiencia analítica, el “transamor”, en su ligazón constitutiva con la transferencia, entendida bastante más allá de la sin dudas demasiado neutra “neutralidad benevolente” freudiana. “Engorro” inesperado del psicoanálisis, el transamor y la abstención que implica para, en principio, el analista, son la clave inicial para pensar el amor Lacan, sobre todo en sus peculiares vínculos con el saber. Ofrecerse como objeto de amor implica aquí una ascesis, una autolimitación, dado que en el análisis no puede consistir en ofrecerse por sí mismo, es decir, como aquel que, de otro modo, es quien, imaginariamente, ama y quiere que lo amen. El amor Lacan es solo de este modo el que se obtiene al no obtenerse –y por esto, por poder siempre no obtenerse, es ‘odioamoramiento’, más allá de toda ambivalencia. En esto, el amor coincide con las vicisitudes de cualquier intento de obtención de saber en el análisis como despliegue de la intervención del sujeto supuesto saber.

El amor extático o divino, el de los místicos, recorre también, como las del *Seminario*, las páginas del libro de Allouch. La impasibilidad divina y la incondicionalidad del amor de Dios lo asimilan al amor Lacan, pero la ascesis que este implica para el analista lo sustrae,

por supuesto, de cualquier horizonte de supuesta unión con su voluntad, de la que aquel debe hacer, necesariamente, el duelo. El analista jamás podría ponerse, en tanto tal, en posición pastoral, de maestro o de amo absoluto.

“El amor es una cosa demasiado seria para ser dejada en las manos entrelazadas de los enamorados”, afirma Allouch al comienzo de su libro. Sin embargo, aclara inmediatamente, “no hay teoría del amor”. Por esto probablemente declaraba Roland Barthes, al comienzo de sus *Fragmentos...*, que, cuando se trata del amor, siempre “es pues un enamorado el que habla y dice”. Barthes se sirve del vocabulario lacaniano ‘clásico’, pero lo desplaza hacia un uso en primera persona, como consecuencia de su reivindicación del imaginario frente a lo que él ve como un privilegio de la instancia de lo simbólico por parte del psicoanálisis. El del enamorado es así, según él, una especie de discurso autoconsistente, próximo por esto al del psicótico, y por esto mismo siempre desvalorizado y minimizado, como síntoma o engaño, por un psicoanálisis que privilegiaría el deseo.

Sin embargo, Allouch se encarga de demostrar que lo que Lacan dice del amor no supone para nada su descalificación por su vinculación exclusiva con el narcisismo y su carácter, por tanto, engañoso o ilusorio. (Recordemos, de paso, que el seminario *Aun* se publica en 1975, cuando Barthes ya está dictando en la *École des Hautes Études* el curso que se convertirá en *Fragmentos de un discurso amoroso*). Pero Allouch también afirma: “No hay en Lacan discurso amoroso”. Más bien, “el amor es signo de que se cambia de discurso”, como dice en *Aun*. El crítico literario teme quedarse sin su materia si no puede reducirla a discurso, aunque sea fragmentado y aunque sea él mismo, y solo en su nombre, quien lo enuncie. Ni enamorado que habla y dice, ni teórico socrático del amor, el analista, “víctima”, él mismo, “del amor de Lacan”, debe callar, limitarse, para plantear de manera rigurosa la pregunta acerca del papel del amor en el psicoanálisis. (De aquí, una lección para el crítico literario, más o menos siempre seducido, en su relación con su elusivo objeto, por las figuras, por un lado, del enamorado, del *amateur*, y, por otro, del científico o del teórico).

El amor supone en Lacan un movimiento de subjetivación. Probablemente esto llevó a Alain Badiou a incluirlo entre sus cuatro procedimientos genéricos de verdad. Pero Allouch afirma que, por el contrario, el amor Lacan toma distancia respecto del amor platónico como advenimiento del Uno en tanto acontecimiento. El amor apunta al orden del ser, no al del acontecimiento, según una lectura de Lacan que de hecho excluye una bipartición tal y que seguramente disparará polémicas. “La tesis de un amor que suple la no-relación sexual no sobrevivió al paso del tiempo en Lacan”, sostiene Allouch, mostrando que, a la vez, ese ‘suplir’ resulta equívoco, pues su sentido no puede agotarse en una ‘lógica del suplemento’ sin original como la propuesta por Jacques Derrida. De aquí la puesta en juego, por parte de Allouch, del *parêtre*, el para-ser, “que es eso con lo cual se esbozará una nueva figura del amor” que terminará desmantelando toda pretensión de su definitiva aclaración por parte del discurso filosófico, movido siempre por el “supuesto de una sustancia impregnada de la función de ser”.

Dado que el amor es sobre todo un asunto de signos, un don de signo, es decir –según la fórmula clásica que Allouch desmenuzará en su libro–, ‘don de lo que no se tiene’, que implica atravesar de alguna manera la persistente hipótesis de que efectivamente hay un signo definitivo del amor, enganchado al significante-amor, que pueda venir del Otro en tanto sujeto, este libro de Jean Allouch, *El amor Lacan*, se constituye como amoroso homenaje, en todo lo que tiene de más enigmático e inacabado, a esa figura que, como un hilván, puntuó, más o menos secretamente, más o menos a voces, un recorrido analítico. Recorrido del que resta por dilucidar, definitivamente, los alcances de su ejemplaridad.